



Resultado de la primera actuación urbanística "libre" en el borde del centro histórico (Plaza España).

MADRID la Marea Ocre

(Continuación "Urbanismo Economicista", AUCA 37)

Arquitecto ABRAHAM SCHAPIRA

No sabríamos decir si la suerte o la desgracia —antinomía siempre solidaria— nos puso a los chilenos residentes en Madrid u otras ciudades españolas como testigos de un hecho excepcional, la vigencia de un régimen que en sus últimos 20 años dió "chipe libre" a la iniciativa privada en materia de urbanización con el resultado de "quemar" literalmente gran parte del territorio nacional: ciudades, costas, parques, patrimonio histórico, turístico y ecológico, en el altar de la oferta y la demanda.

Bajo esta fórmula, se dió el conocido desarrollo de la década de los 60, a impulsos de capitales financieros externos atraídos por la alta rentabilidad y permisividad del sistema. La construcción privada y, mejor aún, la urbanización en alta escala, se convirtieron en el símbolo de la prosperidad fácil e inversión relativamente baja, con la ayuda de los Planes o a pesar de ellos. Mientras más allá de los Pirineos, una Europa conservadora a pesar de su liberalismo, mercado común y alta tecnología, mantenía cautelosamente las restricciones urbanísticas casi hasta el extremo de bloqueo del suelo metropolitano, España de la post-guerra, concluía la dura etapa de autarquía económica del régimen, iniciaba su alucinante aventura urbanística. Ella acabó cubriendo sus playas de complejos turísticos internacionales (30 millones de turistas cada año) y disparando sus principales centros metropolitanos tipo Madrid o Barcelona, a una expansión de uno a tres en dos décadas, operada de modo simultáneo en extensión, altura y profundidad.

El Madrid de hasta la Segunda República habrá sido, salvando diferencias cuantitativas, algo así como Santiago hoy, con

aspecto de aldea recrecida, iniciando la excavación de su primer metro, la burguesía habitando El Viso, con barriadas jardines tipo Ñuñoa al interior del casco urbano, etc. Entonces de alguna manera, al observarlo, ahora con 40 años de perspectiva, tenemos ante nuestros ojos mucho de Santiago del futuro, de lo que sobrevivirá a una política renuente a la planificación en beneficio del desarrollo.

En la imagen urbana actual, el fenómeno de concentración y expansión de capitales industriales e inmobiliarios, ha marcado su impronta típica. En el centro histórico de la villa, desde comienzos de siglo convertido en city, asiento de los bancos y grandes consorcios, se verifica el primer asalto del progreso, el que se encarga de destruir parcialmente el tejido medieval de callejuelas y de íntimas plazas rinconeras y sustituir por estructuras eficientes las fachadas de Herrera o Villanueva. El barrio que, a medida que crecía el valor del suelo fuera expulsando a los primitivos habitantes con sus viejas artesanías, verá instalarse el comercio de grandes almacenes, boulevares y cines, servicios turísticos y aparcamientos de subterráneos bajo sus plazas. No obstante, la propia trama fragmentada del sector, inadecuada para acciones remodelatorias de vasto alcance, pareciera ser el secreto defensivo de su consolidación y supervivencia como centro histórico de la villa aunque en evidente deterioro.

La nobleza y burguesía acomodada que en el pasado habitó el centro, fue desplazada a una corona de ensanche de barrios residenciales bien equipados, con abundancia de mansiones y plazas, originada ya en el siglo XIX y persistente hasta comienzos de la guerra civil. Desde allí hacia la periferia viene descendiendo la calidad de edificaciones y servicios. El hacinamiento es, por de pronto, una pura característica suburbial, naciente a lo largo de las viejas carreteras, zonas como Vallecas, Hortaleza o Canillejas, donde han empezado a formarse las improvisadas barriadas obreras y poblaciones de chabolas, conjuntamente con localizaciones industriales más o menos espontáneas.

El segundo asalto es el anillo noble. Entregadas villas y mansiones ajardinadas a la especulación inmobiliaria, pronto quedarán reemplazadas por hileras de nuevos colectivos para las clases medias. Desde lejos, el aspecto es el de una gran mancha rojiza —la marea ocre— consecuencia del uso casi invariable del ladrillo

visto y la teja al exterior de los edificios. Para entonces, la densidad de las remodelaciones a base de cuerpos cerrados de edificación con patios internos y la saturación provocada por el automóvil en la deficiente estructura vial, habrá convertido también esos barrios nuevos en ocres zonas hacinadas desprovistas de verde.

Sólo el Madrid señorial de los Austrias, la obra que iniciara Carlos III, el rey urbanista sobre la cruceta Castellana – Prado, Alcalá– Retiro, parece tener salvoconduto de permanencia, para bien de los madrileños. De verdad, algún alcalde es derribado por causa de una torre abusiva detrás de la Puerta de Alcalá, algún ruido de prensa se oye por la desmesura de los prismas gemelos de Antonio Lamella sobre el perfil de la Castellana o por las megaesculturas rocosas en la Plaza Colón, pero, básicamente, el centro de gravedad de la urbe se mantiene defendido del caótico entorno.

En la tercera fase, (albores de la década del 60), la concentración de capitales transnacionales en grupos bancarios, requiere actuaciones urbanísticas de mayor envergadura, que no pueden prosperar, sino en nuevas extensiones de la ciudad. No es que falten solares en el casco, pero las partes duras y ya consolidadas quedan fuera de alcance o interés para la iniciativa privada. Por otra parte el Estado, que comenzara por su cuenta el Plan de Poblados Dirigidos, primera actuación en vivienda social, pronto acabó abandonando a esta iniciativa, debidamente estimulada, toda tarea habitacional. Así vemos avanzar la marea ocre urbanizante en tres direcciones: Una, hacia el Norte y Noroeste, con la creación de nuevos centros secundarios de categoría, integrados por residencias y oficinas sobre diez plantas y placas comerciales, en los que tienen su sede importantes multinacionales y no faltan artificiosos desarrollos de arquitectura subterránea, aunque todos, fatalmente congestionados por la inflación del valor suelo y continuas violaciones volumétricas en que incurren los gigantes proyectos. Otra, de signo social contrario se muestra en la edificación de un sistema planetario de densísimas ciudades industriales de “vivienda protegida” para las clases trabajadoras, hacia el Sur, Sureste y Este, las que, al cabo de unos pocos años, terminan englobados en la división territorial como otras tantas comunas del gran Madrid. Con ellas quedan enlazadas, además de una buena parte de la industria sucia del entorno urbano, las 50.000 chabolas (callampas) que aún existen, a pesar de los pesares . . .

La última embestida del ariete inmobiliario se dirige hacia las grandes urbanizaciones extrarradio – tema del debate chileno. Estas son de factura noble, provistas de jardines, polideportivos y supermercados, a 20 o 30 km. del centro urbano, llamadas de “segunda residencia” aunque su paulatina ocupación permanente contradice tal denominación. Aquí el señuelo es “escapar

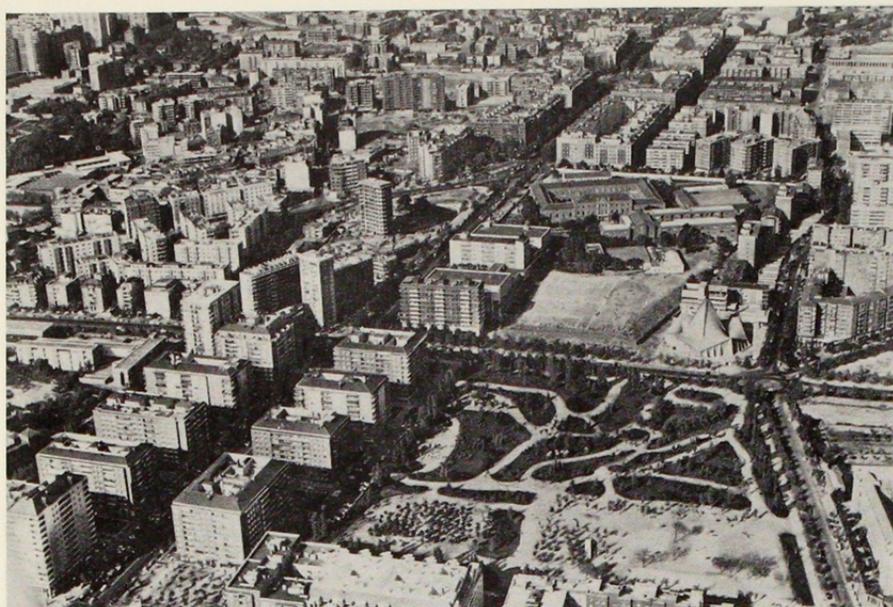
El eje Alcalá – Castellana: un Madrid con salvoconduto.



de la ciudad”, esta divisa publicitaria viene siendo utilizada por las mismas empresas que han contruido Madrid y ahora, asegurando que es inhabitable para quienes merecen otra localización, ofrecen la soñada alternativa. Como dato curioso, estas ciudades balneario o ciudades dormitorio encaramadas hacia la sierra o enhebradas con el escaso verdor que matiza la llanura castellana, no desarrollaron una tipología arquitectural característica o sugestiva, como podría esperarse del ideal proclamado de cambiar de vida. Por regla general, vienen repitiendo, en bloques de altura y edificaciones adosadas en hilera, parecidos hacinamientos metropolitanos, aunque diferenciados por piscinas y campos deportivos en plan colectivo. En el desarrollo de estas conurbaciones, ha jugado un papel protagónico el caciquismo tradicional, imperante en las pequeñas aldeas y pueblos de España. La alianza, tantas veces denunciadas entre la administración local, alcaldía, dirección de obras o jefatura vial con los promotores más influyentes ha ido forjando los cinturones de límite urbano donde existían, para englobar tierras de labranza y áreas verdes consagradas en el Plan Regulador, extender carreteras y redes y dotar la infraestructura de servicios por cuenta estatal.



Tercera fase especulativa: creación de nuevos barrios residenciales de la burguesía, apoteosis del hacinamiento. El solar eriazos que se observa, ya está edificado con la misma densidad del resto.



Superposición de criterios urbanísticos en un mismo eje, hoy congelado.

URBANISMO DE CHOQUE.

Lo que está dicho es malamente un boceto de los rasgos más relevantes de la última expansión urbana que pudimos presenciar y cuyas consecuencias se están viviendo en el momento actual. El tema merece estudios serios, que ya vemos aparecer, potenciados por los nuevos Ayuntamientos. A las tensiones sociales provocadas por la ultra urbanización incontrolada y su correlato, la esclerosis del campo circundante, hay que agregar la invasión igualmente acelerada y contaminada del automóvil, cuya situación preferencial, por sobre otros intereses urbanos también parece obedecer a presiones económicas. Su presencia ha terminado colapsando el tráfico por saturación física de las calles. Se trata, pues, de una auténtica crisis, la metrópoli, a juicio de sus propios ciudadanos se va convirtiendo en inhabitable.

Precisamente, por ese motivo, los problemas de vivienda, urbanización, sanidad, transporte, contaminación, ocio, etc., comienzan a movilizar activamente a la población y a interesar en mayor profundidad a los medios difusores. Asistimos a una etapa de acción pública, que bien podría llamarse "*urbanismo de choque*" para diferenciarlo del inocuo ejercicio académico-burocrático que sus consignas y planes de actuación han representado hasta el momento. En la actualidad Juntas de Vecinos, Comités de barrios, grupos ecologistas (algunos dirigidos por conocidos arquitectos) y, finalmente, municipios populares, cierran filas en batalla contra el desarrollo especulativo, ya considerablemente debilitado por dos hechos: la crisis económica española y el vuelco acontecido en el poder municipal de casi todas las grandes ciudades.

En su intento por detener el proceso, aparentemente irreversible de deterioro urbano, el Ayuntamiento de Madrid (en Barcelona también lo hicieron) ha paralizado la concesión de licencias de edificación en el interior del casco antiguo y todas las propuestas de nuevas urbanizaciones periféricas (incluyendo algunas con licencias concedidas) hasta replantearse completamente el problema nada sencillo: Adonde va la ciudad?. Un tema que se ha convertido, de angustia vital ciudadana en cuestión de prioridad política. Semejante decisión, adoptada en plena crisis, con alto nivel de cesantía industrial y, particularmente, inmobiliaria, dá la medida de la urgencia y presión acumulada en la caldera social. Está claro que nadie —con excepción de los poquísimos directamente beneficiados— acepta continuar por el camino de la ilimitada disposición del suelo urbano-rural, que es también el aire y el paisaje, todas sus reservas físicas, ecológicas y culturales, para que sigan jugando el rol meramente económico de valor de cambio que se les asignó hasta el momento. El drama de una deficitaria calidad de vida, como

resultado del creciente desarrollo material, condujo a los españoles a esta tardía, pero esperanzada conclusión.

HACIA EL DFL 3.

Si lo que venimos relatando tiene o tendrá alguna semejanza con el tema chileno, no es, como se dice en las películas, mera coincidencia... Aquí, como en la España del 60, estamos en los umbrales de lo que promete ser un sistema de expansión capitalista en su más ortodoxa acepción, modelo con el que se intenta reflotar al país del subdesarrollo. No pretendemos discutir los costos sociales del salvamento, lo que ya es un tópico nacional, sino uno solo todavía lejano, el deterioro urbano, protagonista de nuestras observaciones. Puesto que las presiones contra todas las formas de control o limitación a la dinámica promotora del sector privado, se vienen ejerciendo en todos los ámbitos, ¿Por qué no habría de ocurrir también en la empresa urbanística, como en el caso español?

El concepto de "*límite urbano*", frontera de urbanización establecida universalmente por las técnicas de la planificación territorial, es un considerable obstáculo que, aparentemente, acaba de ser demolido. Sin duda, en el futuro veremos levantarse otras restricciones de Ordenanzas y Planos Reguladores que quizá alcancen las densidades, volúmenes y alturas de edificación, niveles de habitabilidad, áreas verdes, infraestructuras mínimas, localizaciones industriales, etc. No faltarán demostraciones técnicas de factibilidad, puesto que ninguno de esos viejos prejuicios urbanísticos debiera constituirse en barrera para el progreso u obstáculo de nuevas fuentes de trabajo.

¿Cómo será, finalmente ese DFL 3 urbanístico bajo el cual los chilenos tendremos que vivir y construir la ciudad del futuro?

La respuesta, por mucho que nos inquiete, no la daremos los arquitectos o planificadores, o más bien, sólo la daremos en la medida en que no muestre discrepancia con las nuevas corrientes del poder organizado, potenciador del desarrollo. Las condiciones de trabajo, aquí y ahora, como en otros lugares, nos reservan el papel de instrumentación necesaria para llevar a cabo las políticas habitacionales y de expansión urbana que las fuerzas del mercado dicten y hagan factible, ya que, profesionalmente, no existe otra alternativa. Pero nos queda al menos el derecho y la obligación de dar testimonio de la experiencia recogida en sociedades más avanzadas y de todo aquello que lealmente entendemos como verdad y ciencia de nuestro oficio.

Sólo cabe esperar que si, algún día, como en el Madrid de hoy, los chilenos salen a la calle, con o sin municipios aliados, a reclamar su derecho a una calidad de vida dentro de una ciudad digna, no sea, entonces, demasiado tarde.

Madrid, Junio de 1979.